

En Octubre de 1928, la Sociedad Cultural Hispánica de Ginebra le nombró Miembro honorario.

Entre los cuatro libros que publicó entre 1927 y 1928, destaca la *Historia de la Filosofía en España*, de gran interés.

Mauricio Bacarisse Casolá

(Madrid 1895 - Madrid 4-2-1931)

Poco tiempo ha compartido con nosotros las tareas de nuestra casa el joven escritor y culto Catedrático de Filosofía del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza, don Mauricio Bacarisse Casolá.

Esforzando un poco la intención, casi pudiéramos decir que el joven maestro ha muerto en el cumplimiento de su deber, pues la enfermedad que le ha llevado al sepulcro le sorprendió cuando estaba en Alemania, subvencionado por la Junta para Ampliación de Estudios, y en plena labor adquisitiva de conocimientos. Su edad por un lado, y por otro su avidez, le hacían vivir en ese momento de captación de materiales para la obra futura, la que siempre llevamos en lo más íntimo nuestro, aplazamos casi constantemente hasta la ocasión del pleno dominio, y huímos un poco miedosos, por amor y por respeto. Bacarisse no había triunfado todavía. Había recogido, sí es verdad, esos fáciles lauros que están siempre a la mano de todo hombre de mediana voluntad; había llegado a la Cátedra después de—lo diremos con la frase estereotipada—la oposición reñida; y no le fué difícil conseguir el que su nombre figurara en la Pléyada de poetas modernos que—principalmente en la postguerra—sacó su cédula personal. Pero, a pesar de que uno de sus poemas—*Los Estados Mayores*—figura como una de las *Cien mejores poesías modernas Liricas hispano-americanas*—coleccionadas por la Editorial Mundo Latino—, su nombre no provocó grandes estridencias, y pasa lenta y casi inadvertidamente por los estudios de Cansinos, Guillermo de Torre, Valbuena Prat y otros muchos de menor empuje que éstos, que han tratado de dar a la poesía moderna *la teoría*, que es tan difícil de deducir hasta ahora, caminando por el camino llano, por falta de ejemplares dignos de superior estudio. Pasó por esta crítica modestamente; y no parece aventurado suponer que su incorporación a la corriente moderna de los versificadores fué meramente circunstancial, la seguía con cierta violencia, como lo parece demostrar el que nunca abandona el metro clásico, y en que el tema fundamental de toda su inspiración, el hecho real, no se esconde nunca demasiado entre el volumen metafórico.

Colaboró en muchas revistas de Vanguardia, *Alfar*; *Mediodía*, *Índice*, etcétera.

En su labor docente hay que apuntar la valentía con que defendió el Cuerpo a que perteneció en la última Asamblea reunida en Madrid. Fué designado para formar parte de la Comisión que dirigió al Ministro un bellissimo manifiesto de defensa y reivindicación, y por sus afortunadas intervenciones en la Asamblea mereció los plácemes de todos los compañeros.

El día 20 de Mayo de 1927 honró nuestra Cátedra, desarrollando una muy documentada conferencia con el tema: *El paisaje en Góngora*. Fué, como se recordará, uno de los más bellos homenajes a nuestro poeta. En la obra del joven maestro desaparecido debemos buscar la inicial sólo de los temas que hubieran llegado a ser clara base de un gran poeta español de nuestros días.

MÉRITOS

Catedrático de Filosofía en el Instituto de Mahón en el año 1926, en virtud de oposición.

Académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

Catedrático de Avila por concurso de traslado.

BIBLIOGRAFÍA

El esfuerzo. Madrid, 1917.

Los poetas malditos. Trad. de P. Verlaine.

Antaño y ayer. Trad. de P. Verlaine.

Edipo rey de Sófocles, en colaboración con Luis Fernández Ardavín.

Las tinieblas floridas. Novela.

El paraíso perdido. Poemas.

Mitos. Poemas.

Entre otras traducciones es de mucho interés la de la obra *Literatura alemana*, del gran romántico Enrique Heine.

El día 5 de Febrero se le concedió el Premio Nacional de Literatura, consistente en 5.000 pesetas, por su obra *Los terribles amores de Agliberto y Celedonia*.

También le han dedicado sentidas Notas necrológicas todos los periódicos de la corte.

ARTÍCULOS DE PRENSA

La constelación de los poetas españoles se acaba de empobrecer. Una luminaria se ha extinguido. Mauricio Bacarisse ha muerto.

Los poetas, como los dioses, se van. Ayer, en plena megalomanía de la dictadura primorriveril y como una de sus víctimas, Enrique de Mesa; y hoy, Mauricio Bacarisse.

Ambos eran de los mejores, no sólo en cuanto poetas, sino en cuanto

personas. Esta excelencia va siendo tan rara en el mundillo de las letras, que si la descubrimos en alguien, debemos sublimarla y aplaudirla como virtud de diez y ocho quilates. Lo que sobra es talento; decencia, lealtad, no.

Se pudiera escribir un capítulo de la historia literaria española de nuestros días, con este título: *Enrique de Mesa o la altivez*, y otro capitulito: *Mauricio Bacarisse, o la cortesía*. Quedarían caracterizados uno y otro poetas.

Enrique de Mesa, poeta castellano por la cuna, por la musa y por el carácter, tenía cierta adustez indolente, cierta arrogancia muda, cierta dignidad un poco fanfarrona y bullanguera, muy de antiguo castellano.

Escueto, flexible, con su rostro ovalado y su larga nariz de proa, paseaba su noctambulancia envuelto en su capa por calles, cafés, teatros y redacciones de periódicos, o escuchaba pacienzudo los corrillos en el Círculo de Bellas Artes, y dejada caer de cuando en cuando, como si fuesen monedas de oro, algunas frasecillas cortas de su hablar premioso y metálico. Metálico quizá no sea el término preciso. Aunque clarineaba con clara voz de señor, parecía forrarla en algodones; no podía, pues, su acento, chirriar como la lima en el cobre, ni tintinear como la plata herida. Tengo la voz de Enrique de Mesa en los oídos, sin poder ahora definirla.

* * *

También tengo en los oídos la voz de Mauricio Bacarisse, y ante los ojos, su fina estampa de señorito. Su voz era algo velada, como de quien ha sufrido de la laringe; ipero su sonrisa era tan fina, tan expresiva, tan inteligente y al mismo tiempo tan adolescente y tan buena! ¡Cómo iluminaba el rostro del poeta! No he visto otra sonrisa más leve, más pálida, más sutil, ni que diera tanto la idea de una alegre melancolía y de un corazón generoso.

Ahora que se ha muerto he querido ver de nuevo el cuadro en que lo pintó Solana entre sus amigos de Pombo, presididos por las patillas y la cara de luna llena de Ramón Gómez de la Serna.

No. Un pintor tan expresivo y violento como Solana no era quien debía colorear aquella vaguedad y aquella transparente sonrisa. Un león no puede cazar mariposas. Tampoco se lo propone. Las mariposas escapan siempre a los leones.

Cuando he sabido la edad de Bacarisse (treinta y cinco años), con ocasión de su muerte, me ha extrañado. Lo creía mucho más joven. Sólo en los últimos años se amarilleó y aun arrugó un poco su piel, antes blanquísima y como de porcelana; unos anteojos impertinentes vinieron a estropear la franqueza de su mirada leal. Sólo volvía a aletear el contento juvenil de los días mozos cuando hablaba de su próximo viaje a Alemania, que venía preparando desde mucho tiempo atrás, y que fué acaso la última ilusión de su triste vida. De su triste vida, sí. Porque este poeta, nacido para el ensueño y las meditaciones, tuvo que luchar desde temprano con el pan—que, aunque tierno, suelo ser duro—. A veces ocupóse de

las cosas más extrañas a un poeta; hubo tiempo en que sirvió de corredor a una Compañía de seguros. Fué también Profesor de Literatura. Y estudió y amó la filosofía. Precisamente iba a Alemania a continuar sus estudios filosóficos. Varias lenguas le eran familiares. ¿Cómo pudo estudiar y saber tanto Bocarisse en circunstancias tan adversas? Milagros de la voluntad y del método.

Precisamente hace un año en este mes de Febrero, cuando una tarde lo ví entrar por mis puertas. Me traía su último libro de versos, *Mitos*.

—Usted es una de las pocas personas que quiero que lo conozcan y conserven—me dijo lisonjero.

Delgado, no muy alto, de cabeza fina, de ademanes y frases de una suprema distinción innata, tenía una cortesía que no es la llaneza española ni la afectación francesa, aunque él fuera por línea paterna de origen francés. Algo de extranjero se adivinaba en él. Su sonrisa, demasiado espiritualizada, no era de aquí; tampoco su especialísima cortesanía, a un tiempo discreta y efusiva y siempre natural, como un don. Hay que insistir en esta nota de extranjería, tan evidente.

En cambio, escribiendo, y a pesar de su cultura, bebida en varias lenguas, lo extranjero desaparece. No le llamaré castizo, aunque pudiera, para evitar confusiones. ¿No se van atribuyendo al término ciertas condiciones de lo atrabiliario, chabacano, insolente y hasta vulgar? Bacarisse, poeta, fué el antípoda de ese casticismo.

* * *

Enrique de Mesa, junto con algún otro, ha sido el poeta español de la generación modernista que tuvo diferente formación espiritual, y no fué, como los modernistas, revolucionario en literatura. En política, sí. Por sus temas, por sus metros, y en general por su manera, quedó dentro de la tradición española. Mauricio Bacarisse perteneció a la inmediata generación postmodernismo, y fué un epígono de esta escuela, aunque lo haya alcanzado.

nell mezzo del camin...

La generación que trae en sus banderolas nuevas tendencias de título plural.

Bacarisse se ha quedado con los modernistas. Lo dicen implícitamente sus poemas y bien explícita su dedicatoria de *Mitos* al señor Valle-Inclán. Sin embargo, en *Mitos* se descubre que algo ha ocurrido en el mundo de los poetas después de Rubén Darío, Verlaine y D'Annunzio. Lo que no significa, por otra parte, que estos poetas hayan sido superados.

Mauricio Bacarisse tuvo siempre dentro de la poesía española una clara nota personal. Estuvo muy en contacto de espíritu con los finos y nobles poetas que produjo el modernismo americano.

Uno de los más doctos críticos españoles entre los contemporáneos, don Rafael Cansinos-Asséns, en su obra tan ponderada, minuciosa y de consulta *La Nueva poesía*, descubre en el barroquismo de *El esfuerzo*, primer

libro de Bacarisse (1917), cierto contacto transitorio con el poeta uruguayo Herrera Reíssig.

En este su último libro de poemas, *Mitos* (1929-1930), Bacarisse ha crecido en aspiración y en potencia.

El poeta vuelve a la pristina Grecia. Aspira a que, por encima de la imagen, se eleve el mito. Quiere ser un poeta mitológico. No mitológico de viejas y heladas mitologías, sino de mitos frescos, nuevos, que el poeta vaya creando o descubriendo. Ambicioso y noble ideal.

Para que conozcaís los alardes de este Pegaso, contemplad un momento su primavera:

Vuela una anunciación en el ambiente
vaticinio de tálamos.
Un jilguero gorjea alegremente
en los esbeltos álamos.

Y para que aprecies el pesimismo desdeñoso de este soñador de cosas puras y grandes, oído y juzgarlo:

¡Qué bien contemplo el mundo con mi pasión de altura!
¡Me halaga ver tan sólo de mis contemporáneos
cómo ocultan la calva, la crencha o la tonsura,
el común y perfecto vacío de los cráneos!

Lo raro, lo único, es que pensando así fuera tan bueno. ¡Qué anacrónico parece este adjetivo aplicado a un compañero!

(De *La Voz* de Madrid.—R. Blanco Fombona.

* * *

Se disponía a emprender un viaje de estudio a Alemania, para hacer allí una estancia temporal, cuando nos llega la noticia inesperada de su muerte. El viaje, pues, ha sido de los que excluyen toda posibilidad de regreso.

Aún no se había extinguido, entre los que asistimos a la última Asamblea de Catedráticos de Instituto, la vibración de su voz, aterciopelada unas veces con la emoción del poeta, y enardecida otras con la protesta del ciudadano. De aquella reunión de Profesores fué, sin duda, el alma—además de ser el promotor—Bacarisse, cuya función en el mundo era ser perpetuamente espíritu. Su cuerpo flaco, casi esquelético, sólo era un pretexto para sostener y contener la suma de nobles cualidades que expandía continuamente como un aroma.

Quién este epicedio escribe le trataba desde la niñez, y la amistad ininterrumpida a través de veinte años le hizo conocer la pureza ejemplar de su vida y de su obra. Aquella fué un persistente sacrificio, aceptado y querido como disciplina de todos los momentos. Esta, aunque exígua en cantidad aún, posee los quilates exigidos al oro de ley. El hado irónico que maneja todos los destinos, decretó para el suyo la muerte y la fama a un mismo tiempo. En el trance de la expiración surgía, como una muestra del hado, el homenaje a la inspiración, y el Premio nacional de Lite-

ratura se concedía por unanimidad de los juzgadores al cadáver de Mauricio Bacarisse.

Gran poeta, sutil profesor, egregio literato, poseedor de una prosa que puede servir de modelo a la literatura actual, todo ello terminó con él; pero queda todo ello rescando en nuestros corazones, y enaltecido definitivamente en el recuerdo de los que, por conocerle, le quisieron.

Moderno todos los días, con aquel clasicismo nuevo que era la flor de su persona, laboraba en silencio, igualmente despectivo para el tradicionalismo intelectual de encrucijada como para el vanguardismo arribista. De intensa honestidad en la vida y en las letras, sabía distinguir—como el altísimo poeta que era su ídolo y su compañero de profesorado—las voces de los ecos. Nada más elegante que aquella sonrisa triste con que disculpaba comprensivamente la impura cabriola de los rabadanes. De vez en cuando, también un poco de soberbia digna que, para evitar confusiones, administraba en pequeñas y oportunas dosis.

Amar, cantar, meditar; tales eran las tres actividades características de Bacarisse. Cuando el concepto le era zahareño, se refugiaba en la mujer.

Desde Platón a nuestros días, ningún filósofo ha tenido tantas novias como él, y esto no era obstáculo para que en versos de rotunda hechura cantase también la cara de morsa de Nietzsche o los escolios de Spinoza. Su corta existencia ha sido una de las más ricas de nuestra juventud verdaderamente intelectual, porque toda ella la dedicó al trabajo y al amor, motivos solemnes que ennoblecen por sí mismos una vida.

La cátedra española ha perdido uno de sus jóvenes maestros, y las letras actuales un cincelador del idioma y de la idea. A sus amigos, en fin, nos ha tocado perderle totalmente, puesto que de la integridad de él nos sentíamos orgullosos. Sin embargo, no le lloremos con excesivo llanto, ya que la memoria de hombres como Mauricio Bacarisse merece el apacible recuerdo que Byron, tan semejante en todo a nuestro difunto, pedía para su amada, en versos que constituyen el antecedente del rubeniano *Reponso a Verlaine*:

«Frescas flores y un árbol siempre verde
crezcan en el lugar de tu reposo;
pero no siemprevivas ni cipreses.
No se debe llorar por los dichosos».

Mauricio; el de la personalidad rítmica y atildada, igual en el exterior huesudo que en la intimidad llena de calidades amables: Ya que una dolencia vulgar te ha situado en la ribera opuesta del río de las sombrías aguas, tú que en vida fuiste poeta y filósofo a un mismo tiempo, revélanos—como pedía Renán, tu autor favorito—«esas verdades que dominan la muerte, impiden temerla, y casi la hacen amar».

De *Minerva*, de Madrid.—H. R. ROMERO FLORES.

JOSÉ MANUEL CAMACHO PADILLA.